

Un error de la época presente

Examinando los hechos de la vida presente con ánimo tranquilo y espíritu imparcial, se echa de ver claramente un error de la época, que sobre nada, pudiéramos decir, en la superficie del ambiente social, que nos domina y que penetra como espada de dos filos en el campo de la ignorancia, para arrebatarnos víctimas inocentes y sacrificarlas en aras de la mal llamada *libertad del pensamiento*.

Ese error tan lastimoso y funestísimo, consiste en la falsa creencia de suponer que la razón humana como tal tiene omnímodas facultades para creer o no creer lo que bien le venga, para hacer o no hacer lo que se le antoje, para obrar o no obrar lo que el capricho le dicte, sin atender para nada a leyes superiores y divinas. De este error transcendental, que todo lo llena e inficiona, se deduce como consecuencia que cada cual se forma una religión aparte de las de los demás, sin que sirvan pruebas, ni consejos, ni ejemplos, ni nada, para atraer a esos ilusionados al camino de la luz y de la verdad.

Este fenómeno histórico, tiene su explicación, por una parte en la disolución y desenfreno de todas las pasiones humanas y principalmente en la falta de Catecismo y en la ignorancia de la religión en un gran número de los hombres.

Además, el origen de este hecho que es evidente y la causa por la cual adquiere más desarrollo e incremento esa polilla que nos corroe y esa ponzoña que nos mata, se encuentra en el principio de las leyes políticas emanadas del poder civil, por haber sido promulgadas y sancionadas con un espíritu acomodaticio al progreso de la libertad en su sentido más extenso y por haber sido hechas independientemente de aquella fuerza moral que, por ser religiosa, encausa las conciencias por los senderos del deber y de la felicidad.

Ahora bien; mientras la razón humana no deponga su actitud independiente y reconozca a Dios por su autor, y al orden moral y religioso como las fuerzas primeras que mueven la conciencia del hombre; mientras no haya más Catecismo y menos libertad, y mientras los legisladores políticos se dejen arrastrar por los masones, socialistas y republicanos exacerbados, tendremos por desgracia menos fe, y la sociedad moderna caminará sin rumbo fijo, movida a impulsos de la materia bruta, hasta estrellarse en el más funesto paganismo y en la más absurda de las idolatrías. Que Dios no lo permita!

EL DOCTOR CARABINO.

IÑIGO DE LOYOLA

—o—o—

¿Véis ese guerrero que pintó Tiziano, cubierto de fina armadura, plateado casco, estrecha cota, y que lleva por emblemas heráldicos sobre la coraza, barras gules y negros lobos, con este mote «antes morir que envilecerse»?; es el soldado vasco Iñigo de Loyola.

Sus ojos son los ojos del genio, inquietos y soñadores, fiel reflejo de su poderosa alma templada al calor de lo grande y de lo heroico. Sabe que su raza es la de audaces marinos e infatigables guerreros, que unos buscan nuevos mares guiados por constelaciones ignoradas, y otros tienen a raya y aún arrollan a los árabes soberbios.

Elcano acaba de rodear el mundo con la nave Victoria, Zumárraga evangeliza el imperio de los aztecos, Zamudio se bate bizarramente al lado del Gran Capitán, dos hermanos de Iñigo, parten a la guerra de Italia y él los sigue con el pensamiento y la emulación se levanta en su pecho.

Ha llegado su raza a la plenitud del vivir, él ignora su glorioso destino; pero las energías de su espíritu le dicen ser nacido para algo grande.

Es que Iñigo de Loyola, no era tan sólo un infanzón sin provanza, un hidalgo sin ejecutorias, no; su linaje de Parientes Mayores había reunido en sí, la sangre más pura de los vascos. Alava, Guipúzcoa, Vizcaya, dieron, como a porfía, los ilustres ascendientes que forma su preclara troncalidad.

Lope García de Salazar, hablando en sus Bienandanzas e fortunas, dice al referir los linajes de Guipúzcoa: «Juan Pérez de Loyola, heredó el solar de Loyola e casó en Iraete, e obo en ella un hijo a Beltrán de Loyola, e dos hijas e este solar de Loyola, es el más poderoso del linaje de Onís de renta, e dineros, e parientes».

Este Beltrán, es el padre de Iñigo, coetáneo del cronista Salazar, que escribía 20 años antes del nacimiento de nuestro héroe. Su madre, Marina de Licona, pertenecía a los Liconas de Onofarroa por línea paterna, y por materna a los Baldas Guevaras, de Alava.

No es sólo la raza y el linaje lo que forman el carácter de Iñigo de Loyola; la educación y la época completaron su originalísima semblanza.

Procreado por aquellos indómitos caballeros, educados a la espartana, oyó, todavía niño, hablar de armas y banderías, cuántas veces de aquel Juan Pérez de Loyola, tan respetado por Enrique de Castilla. Durante su vida en Arévalo, ciudad por entonces cortesana, admiró a los Reyes Católicos, y escuchó de sus generales las hazañas de la guerra, frescos todavía los

laureles de Granada y empolvados aún los arreos militares de aquellos esclarecidos campeadores.

Nájera y Pamplona, son las dos plazas que vieron las hazañas de Iñigo de Loyola. En Nájera, triunfó venciendo, y en Pamplona siendo vencido; cuando creyó inmortalizar su nombre se miró atajado en el camino de las armas. Todos sabemos su historia. Herido y convertido a Dios, el «soldado desagrado y sin letras» fundó una religión toda santidad y sabiduría. Para fundarla y dirigirla no cambió su carácter, cambió su dirección.

Las cualidades de Iñigo de Loyola son las mismas que las de Ignacio de Loyola. El mismo tesón, la misma fe, idéntica impassibilidad, grandeza de ánimo y hasta ardor militar.

En el libro de sus «Ejercicios» habla de banderas, reinos, capitanes, arengas, llamamientos caballerescos, etc.; en sus «Cartas» propone a los príncipes cristianos formar una armada para «derrotar» al turco por mar y plantea la empresa estadísticamente; en la misma correspondencia se encuentra una carta dirigida al ejército que pelea en África, modelo de arangas militares, y que bien pudieran pronunciarse un Gonzalo de Córdoba o un Farnesio.

Supo Ignacio de Loyola, desde la «primera traza» de su Instituto hasta su testamento de obediencia rayana en el fuero militar, dar a conocer que se puede ser santo sin dejar de ser guerrero, que debemos no cambiar el carácter sino enderezarlo.

J. S.

Pedante con inflas de orador

(Sátira contra los oradores relamidos.)

Auras, brisas, ceñillos
y las límpidas corrientes
de arroyuelos que entre dientes
murmuran como unos pillos;
Los canoros pajarillos,
que con sus picos arpados
saludan alborozados
el roscillar de la aurora,
son la gita que avalora
tus discursos averiados.

Pero el aura, que su aliento
flores besando perfuma,
y el arroyo y blanca espuma
son un poco de agua y viento.

Más gracia, más lucimiento
lograste dar a tu prosa
con la purpurina rosa
y la nivea azucena,

y el trinar de Filomena
entre la enramada umbrosa.

¡Oh Cielos! ¡Oh gran Tonante!

¡Qué orador de pacotilla!

Hasta mi gusa sencilla

de pino de real talante,

y con brisas sencillitas

de tantos diestros borbos

exclamó: ¡Mal rayo palle

al orador majadero

que, a trueque de hacer de Homero,

tanta metáfora ensarta.

¡Y qué prosa chavacana!

¡Cómo en ello vas zurciendo

uno que otro remiendo

de vivo color de granal

(Valga la frase galana

del gran lírico latino.)

Esto prueba el desatino

de que emule a Cicerón

un literato rampón

con ribetes de pollino.

¡Qué diré del aire vano,

y aquel tonillo doliente,

cual de vieja penitente

que ve su fin ya cercano?

¡Qué de tu mórbida mano

que a compás baja y asciende?

Diré que el más lerdo entiende

que no tendrás nunca fama,

porque del genio la llama

tu pecho helado no enciende.

Sé muy bien que se me objeta:

el estudio hace cosquillas;

hasta aprender frasecillas

de un novelista o poeta.

Con esta ingeniosa treta

habla a las mil maravillas

cualquier pedazo de atún,

mandando a freír espárragos

de Gramática los fécragos

y hasta el sentido común.

Con esta falsa doctrina,

parto de cabezas huecas,

vas camino de Batuecas,

a lo Balán en pollina;

¡que es muy crasa y muy supina

(por más que de ello te duelas)

la ignorancia que revela

con tus inflas de orador,

siendo solo un hablador

y un charlatán sacamuéls.

Deja, pues, cuanto más antes

de emplear sin tón ni són

vocablos de relumbrón

y tropos despampanantes.

Deja para los pedantes

y los imberbes cupidos

los vocablos relamidos,

que en los doctos oradores,

sin ceñillos ni flores,

hay conceptos más subidos.

ANTONIO G. DÍAZ

HIDROTERAPIA

—o—o—

Taboada en un centenar de artículos, Vital Aza, en una graciosísima comedia y varias docenas de escritorzuelos en la sección amena de los periódicos más o menos ilustrados, nos han descrito lo que ocurre en el seno de muchas familias al aproximarse la época de los baños de mar.

Todos sabemos de memoria las discusiones que se arman entre el señor y la señora de Cóngriez, o de Bestúñez, sosteniendo el primero que su situación económica no permite a la familia sumergirse en las saladas ondas, y opinando la segunda, que el viaje a una playa de moda puede dar ocasión de despachar alguna de sus innumerables hijas, cuyo conjunto parece propiamente un manojo de espárragos.

Considera lo que ocurrió a los de Blanquez—dice la señora.—Fueron a San Sebastián y volvieron con tres hijas menos. Una se casó con un viata,